

No dejes
de escuchar
tu voz



Radio Silencio

Alice Oseman

FANDOM BOOKS

Radio
Silencio

Título original: *Radio Silence*

1.ª edición: febrero de 2022

© Del texto: Alice Oseman, 2016

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por HarperCollins Children's Books, sello editorial de HarperCollins Publishers Ltd.

© De la cubierta: HarperCollins Publishers, 2018

© De la traducción: Paz Pruneda Gozávez, 2022

Traducido por acuerdo con HarperCollins Publishers Ltd.

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN: 978-84-18027-52-9

Depósito legal: M-31163-2021

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Alice Oseman

Radio Silencio

Traducción de Paz Pruneda Gozávez

FANDOM BOOKS

*El instituto es un asco.
¿Por qué pasa eso? ¿Por qué funciona así?
No... no lo entiendo.
Mmm.
Miradme. Mirad mi cara.
¿Tengo pinta de que me importe el instituto?
No.*

«LONELY BOY», canción del grupo TEEN SUICIDE

CIUDAD UNIVERSO:

Ep. 1 — azul oscuro

CiudadUniverso 109982 visualizaciones

En peligro. Atrapado en Ciudad Universo. Enviad ayuda.

Desplázate hacia abajo para ver transcripción >>>

Hola.

Espero que alguien esté escuchando.

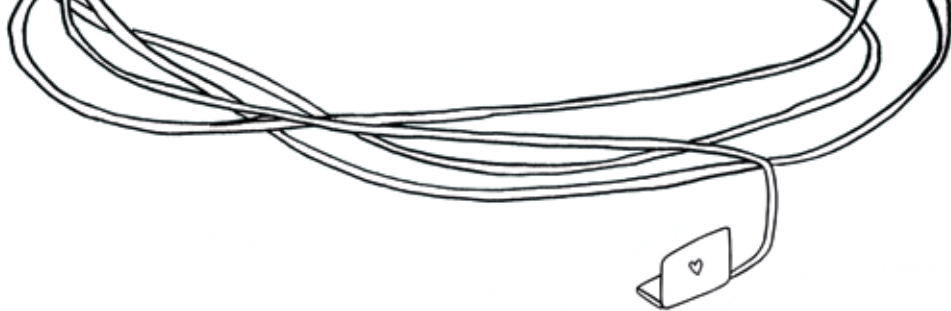
Hago esta llamada a través de una señal de radio —ya en desuso, lo sé, pero quizá uno de los pocos medios de comunicación que la Ciudad ha olvidado monitorizar—, en un sombrío y desesperado grito de ayuda.

Las cosas en Ciudad Universo no son lo que parecen.

No puedo deciros quién soy. Por favor, llamadme... llamadme solo Radio. Radio Silencio. Al fin y al cabo, no soy más que una voz en una radio, y quizá no haya nadie escuchando.

Así que me pregunto... Si no hay nadie escuchando mi voz, ¿tiene esto algún sentido?

[...]



FUTUROS

—¿Has oído eso? —dijo Carys Last, parándose tan súbitamente delante de mí que casi me choqué con ella. Ambas nos quedamos inmóviles en el andén. Teníamos quince años y éramos amigas.

—¿El qué? —repuse, porque no podía distinguir ningún sonido excepto el de la música que estaba escuchando por uno de mis auriculares. Probablemente una canción del grupo Animal Collective.

Carys se rio, lo que no sucedía muy a menudo.

—Te pones la música demasiado alta, tía —afirmó, enredando un dedo en el cable del auricular y tirando para soltármelo—. Escucha.

Nos quedamos inmóviles y escuchamos, y recuerdo cada cosa que oí en aquel momento: el traqueteo del tren del que nos acabábamos de bajar y que ahora continuaba su trayecto adentrándose en la ciudad; al empleado encargado de picar los billetes explicándole a un hombre mayor que el tren de alta velocidad para St. Pancras había sido cancelado ese día a causa de la nieve; el zumbido distante del tráfico y el viento soplar sobre nuestras cabezas; la cisterna del aseo de la estación y el aviso por megafonía: «Vía 1, 08:02, destino Ramsgate»; la nieve siendo retirada con las palas; la sirena de un coche de bomberos, y la voz de Carys y...

Fuego.

Nos dimos la vuelta y miramos más allá, hacia la ciudad, nevada y muerta. Normalmente podíamos divisar nuestro

instituto desde ahí, pero ese día una nube de humo lo cubría todo.

—¿Cómo es que no hemos visto el humo mientras estábamos en el tren? —se extrañó Carys.

—Yo estaba dormida —contesté.

—Yo no.

—No estarías prestando atención.

—Bueno, supongo que el instituto ha ardido hasta sus ciimientos —comentó, y echó a andar hasta sentarse en uno de los bancos de la estación. El deseo de Carys desde que tenía siete años se había hecho realidad.

Me quedé mirando un instante más y luego me uní a ella.

—¿Crees que habrán sido esos bromistas? —pregunté, refiriéndome a unos blogueros anónimos que se habían pasado el último mes gastando bromas a nuestro instituto con creciente ferocidad.

Carys se encogió de hombros.

—¿Acaso importa? El resultado final es el mismo.

—Pues claro que importa. —Y fue en ese momento cuando empecé a asimilarlo todo—. Parece... parece bastante serio. Vamos a tener que cambiar de centro. Da la impresión de que todo el bloque C y el D han... simplemente... desaparecido. —Estrujé mi falda con las manos—. Mi taquilla estaba en el bloque D. Mi cuaderno de dibujo y los temas de los exámenes estaban ahí dentro. Me llevó días reunir buena parte del temario.

—Oh, mierda.

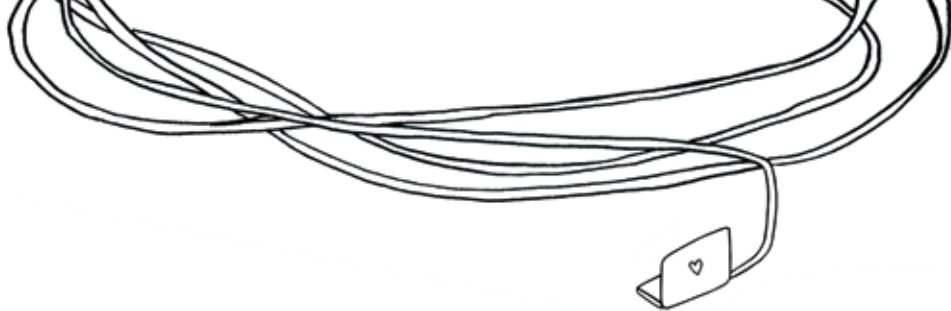
Me estremecí.

—¿Y por qué iban a hacer algo así? Han destruido un montón de trabajo duro. Han echado por tierra muchos de los exámenes de secundaria y de las pruebas de acceso a la universidad. Cosas que afectan seriamente al futuro de la gente. Han arruinado literalmente muchas vidas.

Carys pareció considerarlo y entonces abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla, sin decir nada.

1. Tercer trimestre

a)



YO ERA LISTA

—Nos preocupamos por la felicidad de nuestros estudiantes y por su éxito —estaba diciendo nuestra directora, la doctora Afolayan, delante de cuatrocientos padres y de los alumnos de primero de bachillerato, en la noche de los padres del tercer trimestre. Yo tenía diecisiete años y era la delegada de clase. Estaba sentada al fondo del estrado porque en dos minutos me tocaría hablar. No había redactado ningún discurso y no estaba nerviosa, sino, más bien, muy complacida conmigo misma.

»Consideramos nuestra obligación proporcionar a la gente joven el acceso a las grandes oportunidades que el mundo ofrece hoy en día.

Había conseguido erigirme en delegada de curso el año anterior, gracias a mi foto de campaña en la que aparecía con doble papada. Además, había utilizado la palabra «meme» en mi discurso electoral. Eso revelaba la idea de que me importaba un bledo la elección, a pesar de ser todo lo contrario, lo que hizo que la gente quisiera votarme. No puede decirse que no conociera a mi audiencia.

Sin embargo, no estaba muy segura de qué iba a decir esa noche en el discurso a los padres. Afolayan ya había mencionado todas las cosas que me había apuntado en el folleto publicitario de una discoteca que encontré en el bolsillo de mi chaqueta cinco minutos antes.

—Nuestro programa Oxbridge ha tenido especial éxito este año...

Arrugué el folleto hasta hacer una bola con él y lo arrojé al suelo. Tendría que improvisar.

No era la primera vez que improvisaba un discurso, así que no había por qué alarmarse, y además, cuando lo hice nadie se dio cuenta de ello, nadie se preguntó nunca si me los sacaba de la manga. Tenía fama de ser muy organizada, de hacer siempre los deberes, y de sacar buenas notas para poder cumplir mi ambición de ir a la universidad de Cambridge. Mis profesores me adoraban y mis compañeros me envidiaban.

Yo era lista.

Era la mejor estudiante de mi curso.

Iría a Cambridge, conseguiría un buen trabajo, ganaría un montón de dinero, y sería feliz.

—Y creo —continuó la doctora Afolayan— que todo el personal docente merece también una salva de aplausos por el duro trabajo que ha realizado este año.

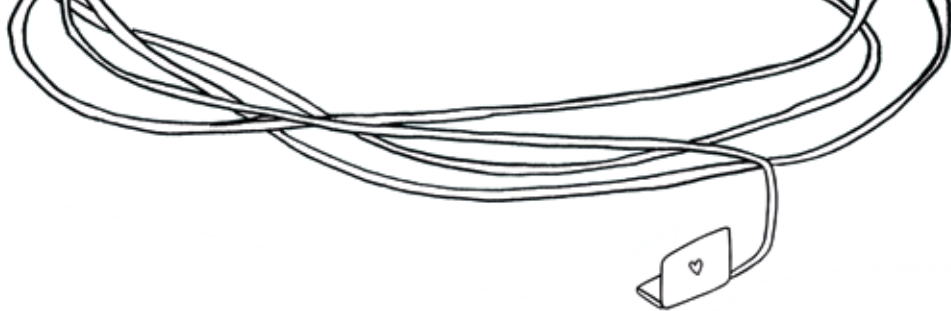
La audiencia aplaudió, pero vi a algunos estudiantes poner los ojos en blanco.

—Y ahora me gustaría presentaros a nuestra delegada, Frances Janvier.

Había pronunciado mal mi apellido. Pude distinguir a Daniel Jun, el delegado, mirándome desde el lado opuesto del estrado. Daniel me odiaba porque ambos éramos despiadadas máquinas de estudiar.

—Frances ha mantenido un alto y constante rendimiento desde que se unió a nosotros hace unos años, y es todo un honor para mí tenerla como representante de todo lo que defendemos en la Academia. Ella os hablará de su experiencia como alumna de primero de bachillerato en nuestro instituto y de sus propios planes de futuro.

Me levanté y caminé decidida por el estrado mientras sonreía y me sentía bien porque había nacido para hacer esto.



EL NARRADOR

—No pensarás improvisar de nuevo, ¿verdad, Frances? —me había preguntado mi madre quince minutos antes—. La última vez acabaste tu discurso mostrándole a todo el mundo el pulgar hacia arriba.

Se había quedado conmigo en el pasillo de subida al estrado.

A mi madre siempre le había gustado la noche del encuentro de padres, sobre todo porque adoraba las rápidas y confundidas miradas de la gente cuando se presentaba como mi madre. Eso sucedía porque yo soy mestiza y ella es blanca, y por alguna razón la gente piensa que soy hispana, ya que escogí estudiar la asignatura de español con un tutor privado.

También le gustaba oír a los profesores decirle, una y otra vez, la excelente persona que yo era.

Agité el folleto de la discoteca ante ella.

—Perdona, pero estoy muy bien preparada.

Mi madre me lo quitó de la mano y lo examinó.

—Aquí solo hay tres puntos escritos. Uno de ellos dice «mencionar Internet».

—Es todo cuanto necesito. Estoy muy preparada en el arte de decir tonterías.

—Oh, ya sé que lo estás. —Me devolvió el folleto y se apoyó contra la pared—. Pero podrías ahorrarnos otro incidente, en el que te pasas tres minutos hablando de *Juego de tronos*.

—No vas a dejar de recordármelo nunca, ¿verdad?

—No.

Me encogí de hombros.

—Tengo todos los puntos principales cubiertos. Soy lista, voy a ir a la universidad, blablablá... Notas, éxito, felicidad. Lo tengo controlado.

A veces tenía la sensación de que eso era de lo único de lo que hablaba. Después de todo, ser lista era mi primera fuente de autoestima. Soy una persona gris, en todos los sentidos de la palabra, pero al menos iba a poder ir a la universidad.

Mi madre alzó una ceja.

—Me estás poniendo nerviosa.

Intenté dejar de pensar en ello y, en su lugar, centrarme en mis planes nocturnos.

Esa noche pensaba ir a casa, tomarme un café con una rebanada de bizcocho y, luego, subir a mi habitación, sentarme en mi cama y escuchar el último episodio de Ciudad Universo. Ciudad Universo era un pódcast de YouTube sobre un estudiante-detective, que vestía siempre de traje y buscaba el modo de escapar de una universidad de ciencia ficción infestada de monstruos. Nadie sabía quién había creado el pódcast, pero había sido la voz del narrador, con su tono suave, lo que primero me enganchó al programa. Te daban ganas de quedarte dormido. De alguna forma extraña, era como si alguien te estuviera acariciando el pelo.

Ese era mi plan para cuando llegara a casa.

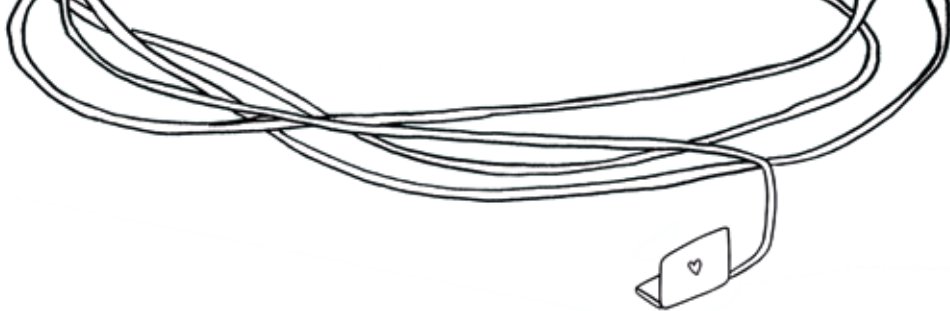
—¿Seguro que estarás bien? —insistió mi madre bajando la vista hacia mí. Siempre me preguntaba lo mismo antes de que tuviera que hablar en público, un hecho bastante frecuente.

—Estaré bien.

Alisó el cuello de mi chaqueta golpeando con un dedo mi insignia plateada de delegada.

—Recuérdame por qué quisiste ser delegada —me dijo.

—Porque se me da muy bien —contesté, mientras pensaba para mis adentros: «porque a las universidades les encanta».



MORIR, PERO DE FORMA AGRADABLE

Solté mi discurso y luego bajé del estrado y comprobé mi móvil, que no había mirado en toda la tarde. Fue entonces cuando lo vi. Vi el mensaje de Twitter que estaba a punto de cambiar mi vida, posiblemente para siempre.

Emití un asustado carraspeo y luego me dejé caer en una silla de plástico, agarrando el brazo de Daniel Jun con tanta fuerza que me siseó:

—¡Ay! Pero ¿qué pasa?

—Algo monumental acaba de sucederme en Twitter.

Daniel, que se había mostrado escasamente interesado hasta que mencioné la palabra *twitter*, frunció el ceño y tiró de su brazo para recuperarlo. Luego arrugó la nariz y miró hacia otro lado como si le hubiera hecho algo tremendamente embarazoso.

Lo más importante que debéis saber sobre Daniel Jun es que sería capaz de matarse si pensara que de ese modo conseguiría notas más altas. Para la mayoría de la gente, éramos exactamente iguales. Ambos éramos inteligentes e iríamos a Cambridge, y eso es todo lo que los demás veían: dos brillantes dioses de la Academia volando muy por encima del edificio del instituto.

La diferencia entre nosotros era que yo encontraba nuestra «rivalidad» absolutamente hilarante, mientras que Daniel actuaba como si estuviéramos inmersos en una guerra sobre quién era el mayor empollón.

Pero a lo que iba...

Dos cosas monumentales me habían sucedido. La primera era esta:

@Ciudad Universo te sigue ahora

Y la segunda era el mensaje directo dirigido a «Toulouse», mi alias en línea:

Mensajes Directos> con Radio

¡Hola, Toulouse! Esto tal vez te suene muy raro, pero he visto algunos de los diseños artísticos que has colgado como fan de Ciudad Universo y me gustan mucho.

Me preguntaba si te interesaría trabajar en el programa para crear efectos visuales en los episodios de Ciudad Universo.

He estado intentando encontrar a alguien con el estilo adecuado para el programa y realmente me gusta mucho el tuyo.

Ciudad Universo funciona sin ánimo de lucro y no puedo pagarte, así que entendería perfectamente si me dijeras que no, pero parece como si realmente te gustara... el programa, y me pregunto si querías colaborar. Por supuesto tendrías todo el reconocimiento.

Sinceramente: me gustaría poder pagarte, pero no tengo dinero.

(Soy estudiante). Ya ves. Hazme saber si te interesa. Si no es así, seguirán gustándome tus dibujos. Gustándome mucho. Vale.

Radio

—Vamos, suéltalo —dijo Daniel, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué ha pasado?

—Algo monumental —susurré.

—Sí, eso ya lo he pillado.

De pronto comprendí que no había forma alguna de que le pudiera contar a nadie lo sucedido. Probablemente ni siquiera supieran lo que era Ciudad Universo, por no hablar de que crear algo artístico de obras de ficción que admiras sea quizá una afición un tanto extraña. Podrían pensar que había estado dedicándome secretamente a dibujar pornografía o algo así, y entonces se pondrían a indagar en mi perfil de Tumblr y a leer todos mis comentarios personales allí, y todo se volvería aún más espantoso. «La cerebrita del instituto y delegada, Frances Janvier, descubierta como un bicho raro del universo de los fans».

Carraspeé con fuerza.

—Bueno... No creo que te interesara. No te preocupes.

—Está bien. —Daniel sacudió la cabeza y miró hacia otro lado.

Ciudad Universo. Me ha escogido. Para ser... su artista.

Siento que voy a morir, pero de una forma agradable.

—¿Frances? —dijo una voz suave—. ¿Estás bien?

Alcé la vista para encontrarme cara a cara con Aled Last, el mejor amigo de Daniel.

Aled siempre tenía el aspecto de un niño que ha perdido a su madre en el supermercado. Posiblemente tuviera mucho que ver con lo joven que parecía, con lo redondos que eran sus ojos y con cómo su pelo semejava la suave pelusilla de un bebé. Nunca parecía estar cómodo con ninguna de las prendas que vestía.

No iba a nuestro instituto, sino a un centro de educación secundaria solo para chicos, al otro lado de la ciudad, y a pesar de que solo tenía tres meses más que yo, estaba un curso por encima. La mayoría de la gente sabía quién era gracias a Daniel. Yo lo conocía porque vivía justo enfrente de mi casa. Fui amiga de su hermana gemela. Aled y yo cogíamos el mismo tren para llegar al instituto, aunque nos sentábamos en distintos vagones y nunca hablábamos entre nosotros.

Aled estaba de pie junto a Daniel, bajando la vista hacia donde yo me encontraba aún sentada, hiperventilando, en la silla. Se encogió ligeramente y añadió un:

—Eh, lo siento, mmm..., me refiero a que parece como si fueras a ponerte mala o algo.

Traté de decir una frase sin caer en la risa histérica.

—Estoy bien —contesté, sonriente y con aspecto de estar a punto de matar a alguien—. ¿Por qué has venido? ¿Para apoyar a Daniel?

Según los rumores, Aled y Daniel habían sido inseparables durante toda su vida, a pesar del hecho de que Daniel era un presumido y testarudo gilipollas y Aled apenas pronunciaba cincuenta palabras al día.

—Eh, no —contestó, como de costumbre, con voz demasiado baja para que pudiera oírla. Parecía aterrorizado—. La doctora Afolayan quería que diera un discurso. Sobre la universidad.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Pero si ni siquiera estás en nuestro instituto.

—Lo sé.

—Entonces ¿cómo es posible?

—Fue idea del señor Shannon. —El señor Shannon era el director del centro de Aled—. Algo sobre camaradería entre institutos. De hecho, uno de mis amigos era quien tenía que hacerlo. Él fue delegado el año pasado, pero estaba ocupado..., así que me pidió si podía sustituirlo y..., bueno.

La voz de Aled fue disminuyendo aún más a medida que hablaba, como si pensara que yo no lo estaba escuchando, pese a estar mirándolo directamente.

—¿Y tú accediste? —le pregunté.

—Sí.

—¿Por qué?

Aled simplemente se rio.

Estaba temblando.

—Porque es un pringado —intervino Daniel cruzándose de brazos.

—Sí —murmuró Aled, pero estaba sonriendo.

—No tienes por qué hacerlo —sugerí—. Puedo decirles que estás enfermo y todo irá bien.

—En cierto modo debo hacerlo —replicó.

—En realidad no tienes que hacer nada que no quieras hacer —le dije, aunque sabía que no era cierto, y también Aled, porque simplemente se rio y sacudió la cabeza.

No dijimos nada más.

Afolayan estaba de nuevo en el estrado.

—Y ahora me gustaría dar la bienvenida a Aled Last, un chico de segundo de bachillerato que el próximo septiembre asistirá a una de las universidades más prestigiosas de Inglaterra. ¡Eso si sus notas de acceso salen según lo previsto!

Todos los padres se rieron del comentario. Daniel, Aled y yo no lo hicimos.

Afolayan y los padres empezaron a aplaudir mientras Aled subía al estrado y se acercaba al micrófono. Yo lo había hecho un millar de veces y siempre notaba un ligero vuelco en el estómago, pero ver a Aled allí fue, de algún modo, tres billones de veces peor.

Yo apenas había hablado con Aled. No sabía prácticamente nada sobre él.

—Eh, hola, sí —dijo. Su voz sonaba como si acabara de llorar.

—No me había dado cuenta de que fuera tan tímido —le susurré a Daniel, pero él no dijo nada.

—En fin, el año pasado, yo... tuve una entrevista...

Daniel y yo observamos cómo se debatía durante todo su discurso. Daniel, un experimentado orador público como yo, sacudía ocasionalmente la cabeza. En un momento dado dijo:

—Tendría que haber dicho que no, maldita sea.

Yo no quería verlo, así que me recosté en la silla durante la segunda parte y leí el mensaje de Twitter unas cincuenta veces. Intenté desconectar y centrarme en Ciudad Universo y en los mensajes. A Radio le habían gustado mis obras. Unos estúpidos

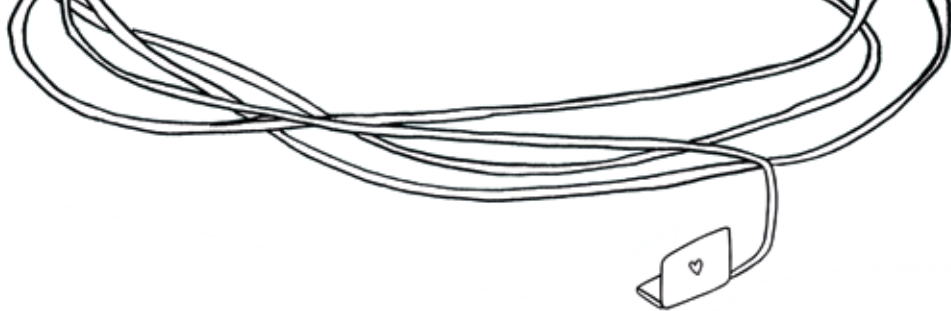
bocetos de los personajes, apenas unos confusos trazos o garabatos realizados a las tres de la madrugada en mi cuaderno de noventa y nueve céntimos, en lugar de terminar mi ensayo de Historia. Nunca me había sucedido nada parecido a esto.

Cuando Aled bajó del estrado y se reunió de nuevo con nosotros, le dije:

—Bien hecho, has estado muy bien. —Aunque ambos sabíamos que estaba mintiendo de nuevo.

Él me miró a los ojos. Tenía grandes círculos azul oscuro alrededor de los suyos. Quizá también fuera un animal nocturno como yo.

—Gracias —contestó, y entonces se marchó, y pensé que probablemente esa sería la última vez que lo viera.



HAZ LO QUE DESEES

Mi madre apenas tuvo tiempo de decir «Bonito discurso» una vez que me reuní con ella en el coche, antes de que empezara a contarle todo lo sucedido con Ciudad Universo. En una ocasión intenté que mi madre se enganchara al programa obligándola a escuchar los primeros cinco episodios de camino a unas vacaciones en Cornwall, pero su conclusión fue: «No termino de entenderlo. ¿Se supone que tiene que ser gracioso o dar miedo? Espera, ¿acaso Radio Silencio es una chica o un chico o nada de eso? ¿Por qué nunca asisten a sus clases de la universidad?». Decidí que aquello ya era suficiente. Al menos aún seguía viendo conmigo la serie juvenil *Glee*.

—¿Estás segura de que no se trata de algún tipo de estafa descomunal? —dijo mi madre frunciendo el ceño mientras conducía el coche lejos de la Academia. Levanté los pies para posarlos sobre el asiento—. Suena como si estuvieran intentando robar tu arte, si no pretenden pagarte.

—Era su cuenta de Twitter oficial. Está verificada —contesté, aunque eso no tuviera el mismo efecto en mi madre que en mí—. Les gusta tanto mi obra que, de hecho, ¡me están pidiendo que me una a su equipo!

Mi madre no dijo nada. Se limitó a arquear las cejas.

—Al menos podrías alegrarte por mí —repliqué, girando la cabeza hacia ella.

—¡Está muy bien! ¡Es brillante! Es solo que no me gusta que la gente te robe tus bocetos. Tú adoras esas cosas.

—¡No creo que se trate de un robo! Me van a reconocer mi trabajo.

—¿Has firmado algún contrato?

—¡Mamá! —rugí exasperada. No tenía demasiado sentido intentar explicárselo—. Da igual, voy a tener que rechazarlo de todos modos.

—Espera, ¿qué? ¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros.

—Es que no voy a tener tiempo. En pocos meses empezaré segundo de bachillerato, o sea, que tendré mucho trabajo todo el tiempo y, sobre todo, tendré que prepararme para la entrevista de Cambridge... No habrá forma de que encuentre tiempo para dibujar algo para cada uno de los episodios semanales.

Mi madre frunció el ceño.

—No lo entiendo. Pensé que estabas realmente emocionada por ello.

—Y lo estoy, me refiero a que es increíble que me hayan mandado un mensaje y piensen que mi obra es buena, pero debo ser realista.

—Ya sabes que oportunidades como esta no surgen todos los días —repuso mi madre—. Y está claro que tú quieres hacerlo.

—Bueno, sí, pero tengo tantos deberes todos los días..., y los trabajos de clase y la revisión serán cada vez más intensos...

—Yo creo que deberías aceptar. —Mi madre me miró directamente a la cara mientras giraba el volante—. Creo que trabajas demasiado duro en el instituto y deberías tener la oportunidad, por una vez, de hacer lo que deseas.

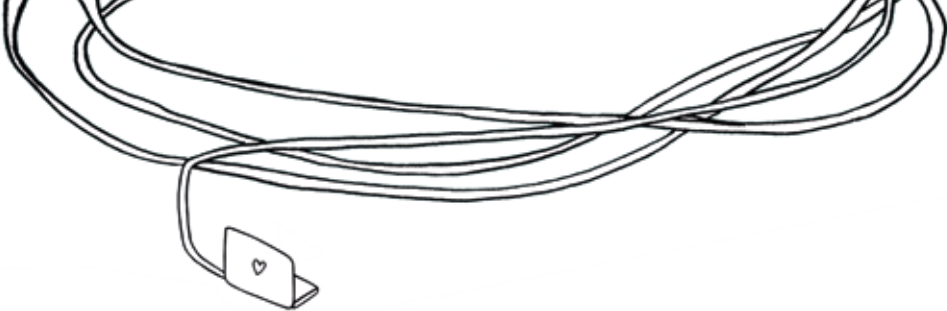
Y lo que yo deseaba hacer era esto:

Mensajes Directos > con Radio

¡Hola! Guau... Muchas gracias, ¡no puedo creer que te guste mi obra! ¡Estaría encantada de verme implicada!

Confío en no sonar demasiado como una loca forofa, ¡ja, ja!

Sinceramente, Ciudad Universo es mi serie favorita de todos los tiempos. ¡No puedo agradecerte lo suficiente que hayas pensado en mí!



SIEMPRE DESEÉ HABER TENIDO UNA AFICIÓN

Tenía trabajo que hacer cuando llegué a casa. Casi siempre tenía trabajo que hacer al llegar a casa. Casi siempre trabajaba cuando llegaba a casa porque cuando no hacía los deberes sentía como si estuviera perdiendo el tiempo. Sé que suena bastante triste, y por eso siempre deseé tener una afición, por ejemplo, jugar al fútbol, tocar el piano o patinar sobre hielo, pero el hecho era que la única cosa que se me daba bien era pasar los exámenes. Algo estudiando, por lo que me sentía agradecida. Lo contrario habría sido mucho peor.

Ese día, sin embargo, el día que recibí el mensaje de Twitter del creador de Ciudad Universo, no hice ningún trabajo cuando llegué a casa.

Me desplomé sobre mi cama y, tras encender mi portátil, entré directamente en mi cuenta de Tumblr, donde había publicado mis dibujos. Recorrí la página hasta el final. ¿Qué es exactamente lo que habría visto el Creador en ellos? Todos eran una porquería. Garabatos que hacía para desconectar mi cerebro y así poder dormir y olvidarme durante cinco minutos de los ensayos de Historia y de Arte y de los discursos de delegada.

Me pasé a Twitter para ver si el Creador me había contestado, pero aún no lo había hecho. Comprobé mi correo para confirmar que no me hubiera escrito, y tampoco había nada.

Adoraba Ciudad Universo.

Quizá esa fuera mi afición. Dibujar Ciudad Universo.

Aunque no lo sentía como una afición, sino más bien como un sucio secreto.

En todo caso, mis dibujos eran todos inútiles. No es que me hubiera planteado venderlos. Ni tampoco compartirlos con mis amigos. Y menos aún que pudieran hacerme entrar en Cambridge.

Continué repasando la página, retrocediendo a meses y meses atrás, hasta el último año y el año anterior; retrocediendo en el tiempo. Lo había dibujado todo. Había dibujado los personajes, al narrador, a Radio Silencio, a los distintos secuaces de Radio. Había dibujado la escenografía, la oscura y polvorienta universidad de ciencia ficción de Ciudad Universo. Había dibujado a los villanos, las armas y los monstruos, la bicicleta lunar de Radio y su indumentaria, el Edificio Azul Oscuro y la Carretera Solitaria, e incluso a Febrero Viernes. Realmente lo había dibujado todo.

¿Por qué lo había hecho?

¿Porque yo era así?

A decir verdad, era la única cosa con la que me divertía. La única cosa que tenía aparte de mis calificaciones.

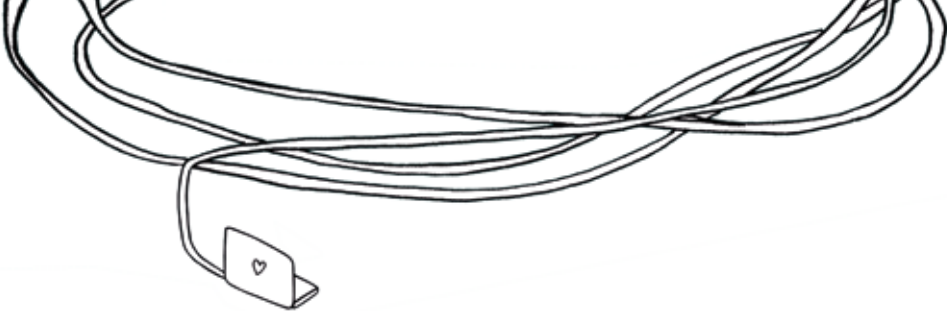
No, un momento. Eso sería muy triste. Y raro.

Simplemente me ayudaba a dormir.

O no.

No lo sé.

Cerré de golpe la tapa de mi portátil y bajé a la cocina a picar algo mientras trataba de no pensar en ello.



UNA ADOLESCENTE NORMAL

—Vale —dije, varios días más tarde, mientras el coche se paraba frente a la taberna Wetherspoon a las nueve de la noche—. Voy a beber alcohol, meterme un montón de droga y tener mucho sexo.

—Oh —exclamó mi madre con una media sonrisa—. Está bien. Mi hija se ha vuelto salvaje.

—De hecho esta es mi verdadera personalidad. —Abrí la puerta del coche y me planté en la acera a la vez que gritaba—: ¡No te preocupes si muero!

—¡No pierdas el último tren!

Era el último día de clase antes del parón de los exámenes y se suponía que debía acudir a una discoteca de la ciudad, Johnny Richard's, con mis amigos. Era la primera vez que pisaría una discoteca y me sentía sencillamente aterrorizada, pero debido a que ya me encontraba al borde de la desconexión con mi grupo de amistades, pensaba que si no asistía dejarían de considerarme una «amiga cercana», y las cosas se pondrían bastante tensas para mí en el día a día. No podía imaginar lo que me depararía ese antro, más allá de unos chicos borrachos con camisetas color pastel y de Maya y Raine intentando que bailara torpemente al ritmo de Skrillex.

Mi madre arrancó el coche y se alejó.

Crucé la calle y eché un vistazo a través de la puerta al interior de Spoons. Distinguí a mis amigas sentadas en un rincón al fondo, bebiendo y riendo. Eran todas personas encantadoras, pero me ponían nerviosa. No es que fueran malas conmigo ni

nada por el estilo, es solo que me veían de una forma muy particular: Frances la del instituto, «delegada, aburrida, empollona, una máquina de estudiar». Aunque no es que estuvieran del todo equivocadas, supongo.

Me dirigí directamente a la barra y pedí un vodka con limonada.

El camarero no me hizo enseñarle mi carné de identidad, a pesar de que llevaba conmigo uno falso por si acaso. Un detalle sorprendente, porque por lo general mi aspecto es el de una chica de trece años.

Entonces caminé hacia donde estaban mis amigas, serpenteando entre los grupos de chicos que empezaban a achisparse. Una cosa más que me ponía nerviosa.

Sinceramente, tenía que dejar de asustarme por ser una adolescente normal.

—¿Cómo dices? ¿Mamadas? —Lorraine Sengupta, conocida por todos como Raine, estaba sentada a mi lado—. No vale la pena, colega. Los chicos son unos remilgados. Ni siquiera quieren besarte después de eso.

Maya, la persona más ruidosa del grupo y, por tanto, la líder, acodada en la mesa con tres vasos vacíos delante de ella.

—Oh, vamos, no todos van a ser así —replicó Maya.

—Pero muchos lo son, así que no me apetece intentarlo. Y, sinceramente, no creo que merezca la pena el esfuerzo.

Raine había usado la palabra «sinceramente». No parecía ser un comentario irónico, así que no supe cómo interpretarlo.

La conversación resultaba tan irrelevante para mi vida que había fingido estar escribiendo mensajes en el móvil durante los últimos diez minutos.

Radio aún no había contestado a mi mensaje de Twitter ni respondido a mi correo. Habían pasado cuatro días.

—No, no creo en las parejas que se quedan dormidas en brazos del otro —decía Raine. Ahora estaban hablando de otra

cosa—. Creo que es una mentira de los medios de comunicación.

—¡Ah, hola, Daniel!

La voz de Maya atrajo mi atención lejos del móvil. Daniel Jun y Aled Last pasaban por delante de nuestra mesa. Daniel vestía una camiseta gris clara y vaqueros azules. En todo el año desde que le había conocido nunca le había visto llevar nada estampado. Aled vestía igual de sencillo, como si Daniel hubiera elegido su ropa.

Daniel bajó la vista, nos vio y, por un instante, clavó sus ojos en mí, antes de contestar a Maya.

—Hola, ¿todo bien?

Se pusieron a hablar. Aled estaba callado, unos pasos por detrás de Daniel, ligeramente encogido, como si intentase pasar desapercibido. Nuestras miradas también se cruzaron, pero apartó la vista rápidamente.

Raine se inclinó sobre mí mientras Daniel y los demás hablaban.

—¿Y quién es el chico blanco? —susurró.

—¿Aled Last? Va al centro solo de chicos.

—Oh, ¿el hermano gemelo de Carys Last?

—Sí.

—¿No fue amiga tuya en otro tiempo?

—Bueno...

Intenté pensar en qué decir.

—Más o menos —contesté—. Solíamos charlar en el tren, algunas veces.

Raine probablemente era la persona con la que más hablaba de todo el grupo. Ella no se burlaba de mí por que fuera una petarda empollona, como hacían los demás. Si yo hubiera actuado más como soy en realidad, creo que habiéramos podido ser muy buenas amigas, ya que teníamos un sentido del humor parecido. Pero ella podía lograr ser genial y rara porque no era la delegada y llevaba el lado derecho de la cabeza rapado, de modo que a nadie le sorprendía demasiado cuando hacía algo inusual.

—Está bien —asintió Raine.

Observé cómo Aled daba un sorbo a la bebida que sostenía mientras paseaba su mirada por la taberna. Parecía estar muy incómodo.

—Frances, ¿estás preparada para ir al Johnny's? —Una de mis amigas estaba inclinada sobre la mesa y me observaba con una afilada sonrisa.

Como ya he dicho, mis amigas no eran malas conmigo, pero me trataban como si no tuviera ninguna experiencia de la vida y fuera simplemente una gran empollona.

Lo que era cierto, así que no podía quejarme.

—Eh, sí, supongo —contesté.

Un par de chicos se acercaron a Aled y empezaron a hablar con él. Ambos eran altos y desprendían cierta seguridad en sí mismos. Uno de ellos, de piel aceitunada y camisa a cuadros, había sido delegado durante gran parte del último año en el centro de chicos; y el otro, de constitución fornida y pelo más largo en la parte superior de la cabeza, era el capitán del equipo de rugby. Los vi presentarse cuando asistí al día de puertas abiertas de primero de bachillerato de su centro.

Aled sonrió a los dos, y confié en que tuviera más amigos aparte de Daniel. Traté de captar fragmentos de su conversación. Aled decía: «¡Sí, Dan consiguió convencerme esta vez!». A lo que el delegado contestó: «No te sientas obligado a ir al Johnny's si no te apetece. Creo que nosotros nos vamos a ir pronto a casa», y miró al capitán de rugby, que asintió en respuesta y repuso: «Sí, ¡dinos si necesitas alguien que te lleve, colega! He traído mi coche». Para ser sincera, deseé poder hacer yo lo mismo, y simplemente irme a casa cuando me apeteciera, pero no podía, porque estaba demasiado asustada para hacer lo que quería.

—Es bastante sórdido —comentó otra de mis amigas, atrayendo mi atención.

—¡Me siento mal por ella! —dijo otra—. ¡Frances es tan inocente! Siento como si estuviéramos corrompiéndote —ahora se dirigía a mí—, al arrastrarte de discotecas y hacerte beber.

—Sin embargo, ¿se merece una noche lejos de los estudios!
—Me gustaría verte borracha. ¿Crees que te daría por llorar?
—No, sería una borracha divertida. Creo que oculta una personalidad secreta que no conocemos.

No supe qué decir.

Raine me soltó un codazo.

—No les hagas caso. Si algún chico desagradable se te acerca, simplemente le arrojaré mi bebida encima.

Alguien se rio.

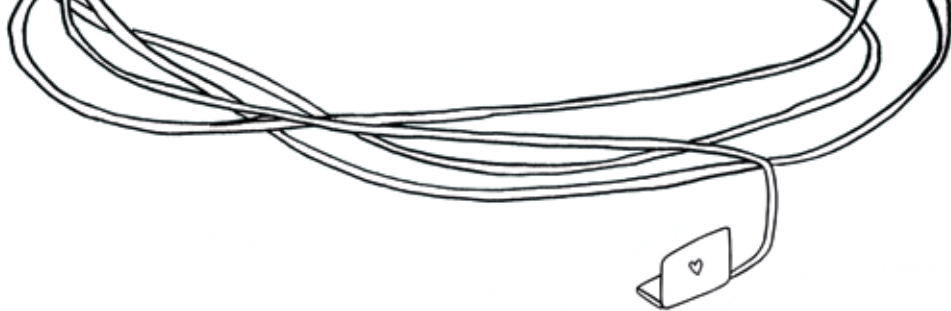
—Y lo hará. Ya lo ha hecho antes.

Yo también me reí y deseé tener agallas para decir algo divertido, pero no lo hice porque no era una persona graciosa cuando estaba con ellas. Era solo aburrida.

Apuré el resto de mi bebida y miré alrededor preguntándome dónde se habrían metido Daniel y Aled.

Me sentía un poco incómoda por que Raine hubiera sacado el tema de Carys. Siempre me pasaba cuando la gente la mencionaba, porque no quería pensar en ella.

Carys Last se escapó de casa cuando estaba en cuarto de secundaria y yo en tercero. Nadie supo nunca por qué y a nadie le importó, puesto que no tenía demasiados amigos. En realidad no tenía ninguno, aparte de mí.



VAGONES DIFERENTES

Conocí a Carys Last en el tren de camino al instituto cuando teníamos quince años. Era el tren de las 7:14 y yo estaba sentada en su asiento.

Bajó la vista hacía mí como una bibliotecaria que posara los ojos en alguien desde lo alto de su mostrador. Su pelo era rubio platino y tenía un flequillo tan tupido y largo que casi no podías ver sus ojos. El sol silueteaba su figura como si fuera una aparición celestial.

—Oh —exclamó—. Verás, mi pequeña comadre del tren, creo que estás ocupando mi sitio.

Podría parecer que estaba siendo cruel conmigo, pero no era así.

Era de lo más extraño. Me refiero a que nos habíamos visto montones de veces, ya que, además de Aled, las dos nos sentábamos en la estación cada mañana a esperar el tren, y éramos las últimas personas en abandonarlo cada mañana. Lo llevábamos haciendo desde que empecé secundaria, pero nunca habíamos hablado. Supongo que así es la gente.

Su voz era diferente a como la había imaginado. Tenía el típico acento pijo londinense, al estilo del *reality Made in Chelsea*, pero era más encantador que irritante, y hablaba despacio y con voz suave, como si fuera ligeramente superior. Hay que señalar que yo era significativamente más baja que ella por entonces. Comparada conmigo, parecía una majestuosa elfa y yo un gremlin.

Y de pronto advertí que tenía razón. Había ocupado su asiento, y no tenía ni idea de por qué. Normalmente me sentaba en otro vagón.

—Oh, Dios mío, lo siento, ahora mismo me cambio...

—¿Cómo? Oh, no, no pretendía echarte, uf, lo siento. Debo de haber sonado muy brusca. —Se sentó en el asiento opuesto al mío.

Carys Last no parecía sonreír, ni sentir la necesidad de sonreír de forma incómoda como yo estaba haciendo. Me quedé muy impresionada por ello.

Aled no estaba con ella. Pero en aquel momento no me chocó. Después de ese incidente, me fijé en que se sentaban en vagones distintos. Aunque eso tampoco me chocó. Yo aún no lo conocía, así que no le di importancia.

—¿No sueles sentarte en el vagón de cola? —me preguntó con el tono de un empresario de mediana edad.

—Mmm, sí.

Alzó las cejas hacia mí.

—Vives en el pueblo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—¿Enfrente de mi casa?

—Eso creo.

Carys asintió. Mantenía una expresión anormalmente seria, lo que me resultó extraño porque todo el mundo que conocía se esforzaba por sonreír a todas horas. Su compostura la hacía parecer significativamente mayor de lo que era, y con mucha clase.

Posó sus manos sobre la mesa y advertí que tenían pequeñas cicatrices de quemaduras.

—Me gusta tu jersey —declaró.

Bajo la chaqueta del uniforme, me había puesto un jersey con un ordenador con cara triste en la pantalla.

Bajé la vista porque había olvidado lo que llevaba ese día. Estábamos a principios de enero y hacía frío, razón por la cual vestía un jersey, además del uniforme. Este en particular era una de las muchas prendas de vestir que no me ponía nunca delante

de mis amigos porque pensaba que se reirían de mí. Mi gusto personal para la ropa se quedaba en casa.

—¿Te... te gusta? —balbuceé, preguntándome si habría oído mal.

Carys se rio, ahora sí.

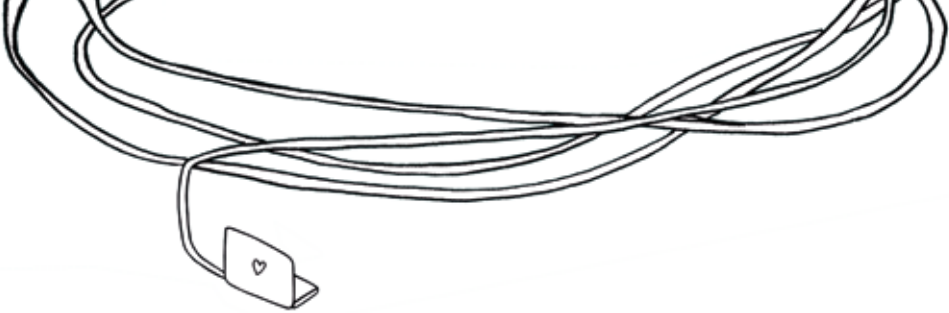
—Sí, claro.

—Gracias —contesté, sacudiendo la cabeza ligeramente. Bajé la vista a mis manos y luego la dirigí hacia la ventanilla. El tren arrancó súbitamente y abandonamos la estación del pueblo.

—Y dime, ¿por qué te has sentado hoy en este vagón?

Volví a mirarla, esta vez de arriba abajo. Hasta ese momento ella solo había sido una chica con el pelo teñido de rubio que se sentaba al otro extremo del tren cada mañana. Pero ahora estábamos hablando, y aquí estaba, toda maquillada a pesar de que aún iba a secundaria y eso infringía las normas de conducta del centro. Era alta, suave y, de alguna forma, poderosa, ¿cómo se las arreglaba para ser así de encantadora sin sonreír en absoluto? Daba la impresión de ser capaz de matar a alguien si tenía que hacerlo; como si siempre supiera exactamente lo que estaba haciendo. De algún modo supe que esa no sería la única vez que hablaríamos. Dios, no tenía ni idea de lo que iba a suceder.

—No lo sé —repuse.



ALGUIEN ESTÁ ESCUCHANDO

Pasó otra hora antes de que llegara el momento apropiado para trasladarnos al Johnny's. Intenté mantener la calma y no enviar un mensaje por Facebook a mi madre para decirle que viniera a recogerme, porque eso sería patético. Sabía que yo era patética, pero se suponía que nadie más debía saberlo.

Todos nos levantamos. Yo me sentía un poco achispada, como si realmente no controlara mis piernas, pero aun así oí a Raine decir «Esto es mono» mientras señalaba el top que me había puesto: una sencilla blusa de chifón que había escogido por parecerse a algo que podría vestir Maya.

Prácticamente me había olvidado de Aled, pero entonces, mientras caminábamos calle abajo, mi móvil empezó a sonar. Lo saqué del bolsillo y miré la pantalla. Daniel Jun me estaba llamando.

Daniel tenía mi número únicamente porque, al ser los dos delegados de curso, llevábamos un montón de asuntos del instituto juntos. Nunca me había llamado y apenas me había enviado cuatro o cinco mensajes con cuestiones mundanas, tales como: «¿Vas a organizar tú el puesto de bizcochos o lo hago yo?», o «Tú pides las entradas en la puerta y yo dirijo a la gente al interior del instituto». Eso, añadido al hecho de que yo no le gustaba demasiado, hacía que me fuera imposible saber por qué me estaba llamando.

Pero estaba un poco entonada. Así que contesté a su llamada.

Frances: ¿Hola?

Daniel: (voces ahogadas y una estridente música electrónica)

F: ¿Hola? ¿Daniel?

D: ¿Hola? (risas) Callad, callad. ¿Hola?

F: ¿Daniel? ¿Para qué me llamas?

D: (risas y más música electrónica)

F: ¿Daniel?

D: (cuelga)

Miré mi teléfono.

—Está bien —dije en voz alta, pero nadie me oyó.

Un grupo de chicos me empujó por detrás, y mi pie resbaló del bordillo y de pronto me vi caminando por la calzada. No quería estar ahí. Tendría que estar haciendo los deberes, revisando las preguntas del examen, repasando los apuntes de matemáticas, releyendo el mensaje de Radio, dibujando algunas ideas para los vídeos. Tenía un montón de cosas que hacer y, para ser sincera, estar ahí me parecía una completa pérdida de tiempo.

Mi teléfono volvió a sonar.

Frances: Daniel, te juro que...

Aled: ¿Frances? ¿Eres Frances?

F: ¿Aled?

A: ¡Fraaaances! (música)

Apenas conocía a Aled. Apenas había hablado con él antes de esa semana.

Por qué...

F: Eh, ¿por qué me llamas?

A: Oh... Da... Dan ha intentado gastarte una broma, creo...
No creo que haya funcionado...

F: Está bien...

A: ...

F: ¿Dónde estás? ¿Está Daniel contigo?

A: Oh, estamos en Johnny's... Es todo tan raro que ni siquiera sé
quién es Johnny... Dan está... (risas, voces amortiguadas)

F: ¿Te encuentras bien?

A: Estoy bien... Lo siento... Daniel te llamó otra vez y luego
me pasó el teléfono... Y no sé qué ha pasado. ¡No sé por
qué estoy hablando contigo! Ja, ja...

Aceleré el paso para no perder completamente de vista a mis
amigas.

F: Aled, si Daniel está contigo, entonces voy a dejarte...

A: Claro, lo siento... Mmm... Sí.

Me sentí mal por él. No entendía cómo podía ser amigo de
Daniel y me pregunté si este le estaría dando órdenes. Daniel
solía dar órdenes a todo el mundo.

F: No pasa nada.

A: La verdad es que no me gusta estar aquí.

Fruncí el ceño.

A: ¿Frances?

F: ¿Sí?

A: La verdad es que no me gusta estar aquí.

F: ¿Dónde?

A: ¿A ti te gusta estar aquí?

F: ¿Dónde?

Durante un momento se hizo el silencio, bueno, un silencio relativo, si no contaba la estridente música de baile, las voces y las risas de fondo.

F: Aled, por favor, dime si Daniel está ahí para que pueda continuar con mi noche y no tener que preocuparme por ti.

A: No sé dónde está Daniel...

F: ¿Quieres que vaya a buscarte y te lleve a casa o algo así?

A: Oye... ¿Sabes? Suenas como si estuvieras en la radio...

Mi mente volvió instantáneamente a Ciudad Universo y Radio Silencio.

F: Dios, estás muy borracho.

A: (risas) Hola. Espero que alguien esté escuchando...

Colgó. Sentí que mi estómago se desplomaba con sus últimas palabras.

—Hola. Espero que alguien esté escuchando... —repetí para mis adentros.

Unas palabras que me había pasado los últimos dos años escuchando una y otra vez, unas palabras que había dibujado una y otra vez dentro de los pequeños bocadillos de diálogo y en la pared de mi dormitorio. Palabras que había oído a una voz masculina y a una voz femenina, cambiando cada pocas semanas, siempre con ese tono clásico de la radio de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

La primera frase de cada episodio de Ciudad Universo:

—Hola. Espero que alguien esté escuchando.

OTROS TÍTULOS DE FANDOM BOOKS

Sex Education. En la ciudad

Katy Birchall

Sex Education. Una guía práctica

Varios

El soñador imposible

Maggie Stiefvater

Hija de Esparta

Claire M. Andrews

Sin amor

Alice Oseman

Nací para esto

Alice Oseman

La memoria del errante

Alba Quintas Garcíandia

Todos hablan de ella

L. E. Flynn

Tres

Haizea M. Zubietta

Stay Gold

Tobly McSmith

El amor y otras maldiciones

Sandhya Menon

Cenicienta ha muerto

Kalynn Bayron

Fábulas feroces

Nikita Gill

Llama al halcón

Maggie Stiefvater

Una sombra latente

Katharyn Blair

Somos seres alados

Michelle Ruiz Keil

Like. Azul

Gemma Pasqual i Escrivà

Estrella de mar

Akemi Dawn Bowman

Reinas geek

Jen Wilde

Los niños de Willesden Lane
Mona Golabek y Lee Cohen

Virtuales
Sarvenaz Tash

Internamiento
Samira Ahmed

Tras las llamas
Will Hill

Frances es una máquina de estudiar con un solo objetivo: ir a la universidad que ha elegido. Nada ni nadie puede interponerse en su camino. Hasta que conoce a Aled y, por primera vez, no tiene miedo de ser ella misma. Pero cuando la frágil confianza entre ellos se rompe, Frances se encuentra atrapada entre la persona que ha sido hasta ese momento y la persona que en realidad desea ser. Entonces necesitará cada gramo de su valor para enfrentarse no solo a su pasado, sino también al misterio que envuelve la desaparición de su mejor amiga.

Una novela imprescindible sobre la identidad, la diversidad y la libertad de elección, de la autora de *Sin amor* (YA Book Prize 2021), *Nací para esto* y *Heartstopper*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es

ISBN 978-84-18027-52-9



5500054

9 788418 027529